

Hacia una ética natural de honrar a los mayores

MANUEL FERNÁNDEZ DEL RIESGO

Hoy hablar de la «tercera edad» es, en gran medida, hablar de marginación social. La sociedad actual no sabe qué hacer con sus mayores, una vez que los ha explotado durante 30 ó 40 años de trabajo. Son un estorbo que malamente hay que soportar, o peor aún, son una amenaza, la encarnación del anti-valor. Una sociedad que se mueve por el poder, el dinero, la competitividad, el goce consumista y el «estar en forma», una sociedad que rinde culto al cuerpo, a la salud, a la vitalidad, y donde la juventud es un valor en alza, no sabe qué hacer con sus ancianos. Como indica Carlos Thibaut, la generación protagonista de nuestra sociedad es una «generación faústica» que ve en la vejez no una invitación a la solidaridad, sino la amenaza de su propio deterioro. Y Alain Finkielkraut sostiene que la juventud ha venido a ser un imperativo categórico para todas las generaciones: el «proceso de conversión al hedonismo del consumo emprendido por las sociedades occidentales culmina hoy con la idolatría de los valores juveniles»¹.

Lo que hoy priva es la búsqueda de la felicidad identificada con la tenencia y disfrute de los objetos y artefactos que la racionalidad productiva y los sofisticados avances tecnológicos lanzan continuamente al mercado. Como ya he indicado en más de una ocasión, el ethos consumista de la juventud y su hedonismo radical, es sostenido por una economía de lo libidinal que despoja a la vida de la seriedad y el compromiso, y que propicia el presentismo nihilista y el desenganche institucional. El individualismo juvenil casa muy bien con la sucesión de los hechos sin posibilidad de sistematización.

Ante este estilo de vida, ¿qué pueden aportar los ancianos disminuidos físicamente, que apenas consumen y que ya no producen? «En este mundo de transformación acelerada en que vivimos, el lugar de la ancianidad es particularmente inhóspito. En esta sociedad que vive de espaldas a la muerte, aferrada a la plenitud vital propia de la juventud, inmersa en un continuo bombardeo de estimulaciones novedosas, sujeta a una incesante y agotadora actividad competitiva, el anciano carece propiamente de sitio adecuado, no sólo porque carece fundamentalmente de las aptitudes que

1. A. FINKIELKRAUT: *La derrota del pensamiento*. Anagrama. Barcelona, 1987, p. 135.

semejante tipo de vida exige, sino porque los valores que le son propios, la experiencia de la vida y sus posibles méritos, han perdido vigencia y no son reconocidos como tales por la sociedad»².

En este orden de cosas cabe señalarse la pérdida de protagonismos social, familiar, económico y moral de los mayores; protagonismo que era algo propio de la sociedad rural y agrícola, pero que desaparece en la sociedad urbana e industrial. Y esto resulta paradójico en una sociedad como la nuestra, donde las personas de la tercera edad componen una categoría social cada vez más numerosa gracias al desarrollo de las ciencias biológicas, y en especial de la geriatría. El llegar a viejo no es ya algo excepcional, ni constituye ya un privilegio de la naturaleza.

En la sociedad rural, la persona mayor «podía traspasar poco a poco su responsabilidad a los más jóvenes y seguir participando en la vida de trabajo, tanto con la aportación de su experiencia como por la ejecución de tareas más fáciles y acomodadas a su edad»³. Y lo mismo ocurría con los comerciantes y artesanos. Junto a ello, el anciano gozaba de autoridad y prestigio moral, y encontraba en la familia más o menos extensa, el afecto, la acogida y el apoyo necesario. Todo esto validado además por la obediencia y piedad filiales. El envejecimiento biológico del organismo, más allá de análisis y disquisiciones muy complejas que dejamos para los especialistas (biólogos y «gerontólogos»), es un proceso de involución y decadencia, que se concreta en los tejidos celulares, en los procesos fisiológicos y en los órganos de los sentidos. También a nivel psicológico se da, en términos generales, una disminución de la memoria y de la capacidad de atención y aprendizaje (lo cual no desmiente el que personas habituadas al trabajo y la actividad intelectual hayan conseguido sus obras más geniales a edad avanzada). Por otro lado «las insuficiencias de la vida» pueden propiciar la emotividad, los estados depresivos, la desmotivación y la desconexión con la realidad. «Todos estos cambios de deterioración biopsicológica, de regresión, o si se prefiere, en cierto sentido, de desestructuración que implica la ancianidad, configura un modo de ser típico, aunque variable, según las circunstancias, de la senescencia»⁴.

Pero más allá de todo esto, e incidiendo en estos procesos, está la sobre-determinación social. Sociológicamente hablando se es viejo cuando el sujeto es apartado de la vida laboral o activa. Con ello pierde el prestigio y la posición social, el poder económico y las relaciones sociales en una sociedad como la nuestra, que gira en torno a la profesionalidad y al trabajo. En muchos casos, la jubilación es un paso socio-institucional que implica un auténtico traumatismo, ya que se experimenta una pérdida de la propia identidad. El personaje social y su utilidad se diluyen... En nues-

2. J. MELGARES RAYA: Valores éticos de la tercera edad. Tesis de Licenciatura, Universidad Complutense, Madrid, p. 57.

3. J. MELGARES RAYA: O. C., p. 63.

4. J. MELGARES RAYA: O. C., p. 51.

tra sociedad, este es un problema, que en un futuro muy inmediato se acentuará, si no se toman las medidas oportunas. Todos los síntomas indican que la edad de la jubilación será cada vez más temprana, debido al paro estructural, a los avances tecnológicos y a la crisis económica. Hay que dar paso a la juventud, hay que aprender a envejecer, y prepararse para la vida del ocio.

Por otro lado, el ritmo acelerado de cambio al que está sometida la sociedad actual, tanto en el orden de las costumbres, como en el orden de los conocimientos técnicos e instrumentales, y la hiperespecialización funcional, hacen de la persona mayor un ser «desfasado» e «ignorante», que experimenta negativamente la «ruptura generacional». Junto a ello, la hostilidad del medio urbano con su trepitante ritmo, y las limitaciones del hábitat, que resulta muchas veces incluso insuficiente para la móvil familia nuclear, hace muy difícil la convivencia del anciano con el resto de la familia. Acaba por «no tener espacio» en nuestra sociedad. Todos sabemos de lo inhumano de los tradicionales asilos, aparcamientos y antecámaras de la muerte, y el cruel «síndrome de maleta» de los ancianos que se ven sometidos al «peregrinaje de casa en casa», según el ritmo que les imponen sus hijos, que se reparten «la carga del viejo».

En fin, la soledad, la incomunicación, las carencias afectivas, la falta de significación social, la inutilidad, y la toma de conciencia de la «condición residual», puede llevar al anciano a una situación anímica, de desesperación, incluso al suicidio. Valga como dato significativo que en las residencias de la Comunidad de Madrid, que alojan alrededor de 5.200 ancianos, se han producido 43 suicidios, desde 1980 a junio de 1988⁵.

Y, sin embargo, pensamos, que esta situación no sólo es un caso grave de injusticia, sino que significa un empobrecimiento para nuestra sociedad. La sociedad urbana e industrial, es una sociedad masificada, anónima, homogeneizada por el consumismo artificial y falta de identidad. ¡Cuántos valores y tradiciones son una riqueza inestimable que no sabemos apreciar!

No podemos olvidar que toda persona tiene que conquistar su ser desde dentro, eligiendo sus posibilidades. El ser nos es dado como tarea, y nuestra autenticidad dependerá de nuestro escoger libre, responsable y coherente, orientado mediante determinados valores. Esta autoconquista está medida por nuestra apertura al mundo y a los demás. La condición dialógica y comunitaria es esencial a la persona humana. Por último nuestra existencia está distendida, presenta una estructura extática, es tiempo. La temporalidad es imbricación de pasado, presente y futuro. La acción humana se inicia desde una situación en la que el individuo se encuentra (facticidad en el que el pasado está de algún modo presente como posibilidad) y se abre al futuro como proyecto vital. El tiempo existencial del hombre presenta una dimensión interior. Continuamente se experimenta un

5. El País, 12 de junio de 1988.

pasado que crece a medida que pasan los años y se percibe un futuro que decrece. La vida se nos aparece, como dijo Max Scheler, «sobre el fondo de una unidad vital cerrada temporalmente hacia adelante y atrás»⁶, es totalidad cerrada. La vida es un continuo logro y malogro de metas y objetivos que nos van tallando, y angostando también nuestras posibilidades. No es de extrañar, pues, que la etapa biográfica de la vejez sea tiempo de recuerdo, de recuento y revisión, donde el espíritu humano suele enfrentarse con las cuestiones últimas. Es en el atardecer de la vida donde a veces brota con fuerza la sensibilidad ética y metafísica, favorecida y enriquecida por la experiencia del largo vivir. De ahí el enorme valor testimonial que puede encerrar el anciano ante nuestra «sociedad juvenil», a veces tan banalizada. La llamada que todos encerramos a asumir las cuestiones existenciales de un modo responsable y creativo, densifica y realiza al yo en un proyecto personal. ¿Cuál es la medida de lo humano, y cuál es la medida de su esperanza? Preguntas eternas del ser humano, que cobran fuerza en la etapa final de la vida. Cuando la vida se comienza a percibir como totalidad a punto de cerrarse es probablemente cuando cada una de sus partes adquieren su pleno y definitivo significado. Y es posible que esa situación vital sea ventajosa para distinguir lo auténtico de lo inauténtico, lo verdadero de lo falso, lo esencial de lo accidental, lo necesario de lo contingente, lo superficial de lo profundo, lo pasajero de lo eterno..., en fin, para evaluar nuestras posibilidades y limitaciones. En este sentido la persona de la tercera edad puede aparecer no como experto de la razón instrumental, en la que puede estar más o menos desfasado, sino como experto de la razón práctico-moral. Una razón de la que tanta falta tienen nuestros jóvenes, como nuestros educadores y políticos. En este sentido el anciano puede tener un papel rico y testimonial tanto en el círculo familiar como en otros ámbitos socio-culturales. Como nos recuerda el Dr. René Tardy, las relaciones de un hijo con su padre pueden ser muchas veces de obediencia y poder, en cambio, «La relación de un nieto con su abuelo son relaciones de elección y confianza. Por poco que los abuelos se tomen el tiempo para relacionarse con sus nietos, tienen una inmensa capacidad para ayudarles a ser ellos mismos, no organizando sermones, sino sabiendo algunas veces estar en silencio, viviendo simplemente delante de ellos»⁷. «En fin, es una banalidad decirlo, pero las personas mayores son la memoria de una sociedad, de una familia. Es importante saber de dónde venimos, para mejor comprender a dónde vamos. Y las personas mayores, los abuelos, son seguramente los más indicados para enseñar a sus hijos y nietos lo que es el sentido del poder dar cuenta y testimonio de la esencia de la vida...»⁸. Lo que ocurre es que en muchas ocasiones, desgraciadamente, el diálogo

6. M. SCHELER: Muerte y supervivencia. Goncourt. B. Aires, 1979, p. 32.

7. R. TARDY: En AA.VV. Pedagogía global de la familia. Encrucijada 2000. Edimurtra, 1986, p. 72.

8. R. TARDY: O. C., p. 30.

no se produce debido a determinadas circunstancias y prejuicios.

El que ha vivido mucho puede estar adornado con valores y virtudes que nunca podremos desechar como la prudencia, la experiencia, la serenidad y la magnanimidad⁹. El juicio del anciano tiende a detectar lo esencial. El que ha vivido mucho puede percibir con más facilidad las soluciones de los problemas prácticos, porque suele poseer «aquella ciencia práctica que es dada más por los años que por los libros. Hay la experiencia de una vida hecha ya y hay, sin duda alguna, una menor fuerza de las ilusiones, las pasiones, los intereses que obnubilan el juicio de la razón»¹⁰. La experiencia ha ayudado al anciano a madurar y consolidar sus convicciones, permaneciendo imperturbable ante los avatares de la vida. El hombre que ya se ha desprendido de muchas cosas puede darse libremente sin esperar recompensas. En fin, la grandeza de ánimo puede ir acompañada de un amor y una esperanza que se concreten en una actitud oblativa ante la vida. Actitud que puede abrir a la trascendencia intrahistórica (familiar y social) y a la propiamente religiosa, y que tiene mucho que ver con la «preparatio mortis». Claro que también es cierto que como reacción frente a la hostilidad del medio, el anciano puede «adornarse» con aspectos negativos, que darían al traste con las interesantes funciones que para él reivindicamos: conservadurismo a ultranza que cierra el diálogo crítico y fecundo, repliegue egoísta y narcisista, desconfianza, autoritarismo, maniqueísmo, etc., etc. De ahí la importancia del «saber envejecer» al que antes aludimos.

Pero no quisiera terminar mi reflexión sin recalcar en algo muy importante respecto a nuestra actitud para con nuestros mayores. Decíamos que la marginación social y económica de la tercera edad era un caso grave de injusticia, que reclamaba su reparación. Pero más allá de ello y de las medidas a tomar a nivel institucional y macrosocial (política de pensiones, residencias adecuadas, centros geriátricos, asistencia domiciliaria, asociaciones culturales y recreativas, universidad para la tercera edad, etc., etc.), y en las que deben intervenir el Estado, los gobiernos autónomos, las diputaciones, los ayuntamientos e instituciones privadas, está, a nivel de las relaciones personales y familiares, la gratitud.

El agradecimiento, a nivel de introspección psíquica, es una respuesta emocional mediante la cual, de modo espontáneo y significativamente, salimos al encuentro de algo que nos ha sucedido y en lo que captamos un sentido. Es un fenómeno interpersonal: «Sólo encontramos ese sentimiento en aquella situación interpersonal en la que creemos que otra persona (gratuitamente) nos ha hecho algo bueno, nos ha mostrado su benevolencia»¹¹. Además por ser interpersonal tiene que declararse para propiamente

9. Cfr. J. MELGARES RAYA: Los valores éticos de la tercera edad. Cuadernos de Realidades Sociales, n.º 27/28. Madrid, 1988, pp. 147 y ss.

10. J. MELGARES RAYA: O. C., p. 148.

11. B. SCHWARZ: Del agradecimiento. Traducción de J. M. Palacios. Univ. Complutense. Madrid, 1985, p. 9.

te realizarse. El auténtico agradecimiento exige una dosis de humildad pero no de servilismo, no es algo propio de una moral de esclavos. Pero más allá de su análisis psicológico, el agradecimiento nos abre a una cuestión existencial. El agradecimiento para tener sentido presupone toda una concepción de la existencia personal, y de la eficacia de la benevolencia y del amor. Y si esta interpretación de la vida humana fuese una total ilusión, nos veríamos arrojados a la soledad y a «la muerte total del común vivir interpersonal»¹². La falta de fidelidad práctica a estas convicciones, aproxima muchas veces nuestra vida diaria, a un devastador darwinismo social más o menos camuflado o manifiesto. Es el mundo «sin prójimos» donde todo vale, incluso el engaño y el sometimiento, y donde priva el cinismo y la simulación. «Habitualmente —como dice Schwarz— nuestra conciencia implícita en las cosas existenciales se hace patente en nuestras reacciones sentimentales espontáneas con mucho mayor precisión que en nuestras reflexiones»¹³. Y así hay situaciones humanas en las que vibra la dignidad del hombre, y en las que mi conciencia me dicta como deber la solidaridad. Si soy obediente a ese dictado moral, haré presente mi pura disposición a ayudar. No hay cinismo humano que pueda ocultar este reclamo de nuestra condición moral. Ahogar el deber de ser solidario parece negar la condición humana: esto es, que somos seres dependientes y que a la vez constituimos un reino de fines. Lo hemos dicho ya, el agradecimiento implica el reconocimiento del otro como persona, que libremente se ha volcado sobre mí, y mi propia condición de fin, o dicho de otro modo, el reconocimiento del mundo interpersonal vivificado por la intención benevolente. Es decir, en el sentirse objeto de solidaridad, y en definitiva de amor, y en el ser consecuentemente agradecido, se puede llegar a la verdad sobre uno mismo. En cambio, el desagradecido y el «misántropo amargado de envidia», «se cercenan a sí mismos de lo que reciben», y llevan a costas una actitud autodestructora. Es patente, pues, el papel funcional de la gratitud, que ayuda a enriquecer y humanizar la vida.

Es cierto que más allá de las irresponsabilidades de muchas paternidades, y de los matices y situaciones de autoritarismo e incomprensión de muchas relaciones paterno-filiales, la aventura de ser padres es la ardua tarea de la generosidad y el altruismo. Los progenitores son desde esta perspectiva el magno acontecimiento de la benevolencia que nos sale al encuentro en una retrospectiva biográfica. Por esta razón ser agradecidos con ellos, e intentar su bienestar y felicidad, procurando satisfacer sus necesidades y valorando su función testimonial, es decir, un sí a la vida.

12. B. SCHWARZ: O. C., p. 17.

13. B. SCHWARZ: O. C., p. 21.